

# **La política del movimiento piquetero. Literatura reciente sobre movimientos sociales en Argentina.**

Fontecoba Ariel.

Cita:

Fontecoba Ariel (2010). *La política del movimiento piquetero. Literatura reciente sobre movimientos sociales en Argentina. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-036/401>

**LA POLÍTICA DEL MOVIMIENTO PIQUETERO. LITERATURA RECIENTE  
SOBRE MOVIMIENTOS SOCIALES EN ARGENTINA.**

**Autor:** Lic. Ariel Fontecoba (arielfontecoba@yahoo.com.ar)

**Lugar de Trabajo:** Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IDIHCS). Universidad Nacional de La Plata y CONICET.

**Área Temática:** Política Comparada. Sindicatos, Movimientos sociales y Protesta social.

Trabajo preparado para su presentación en el V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP).  
Buenos Aires, 28 a 30 de julio de 2010

## **RESUMEN**

Desde la irrupción del llamado movimiento piquetero hasta la actualidad han proliferado una serie de publicaciones que procuran dar cuenta de las características principales de este movimiento social, de su impacto en el escenario político, así como de sus posibles derivaciones. La relación con la política y lo político constituye una de las temáticas más debatidas en la literatura, siendo abordada desde múltiples registros y dimensiones. En este trabajo se discuten algunos de los ejes principales a través de los cuales se ha reflexionado sobre el movimiento piquetero y su relación con la política. A partir de ellos, se identificarán los modos de abordaje propuestos y las temáticas desarrolladas, así como los núcleos argumentales y las caracterizaciones más habituales de la producción académica sobre el movimiento piquetero en su relación con lo político.

### **Introducción**

En este trabajo realizaremos un recorrido por buena parte de la bibliografía sobre las organizaciones piqueteras, pero estructurado en torno a algunos ejes centrales, que servirán para abordar el tema del tratamiento dado por esta literatura al vínculo de los movimientos de desocupados con la política y lo político. En la primera parte, lo haremos por medio del eje de la movilización colectiva y la protesta social. En la segunda parte, nuestro interés estará dado por la problemática de la territorialización de los sectores populares y su relación con la movilización colectiva y la emergencia de las organizaciones piqueteras. En la tercera parte, el eje será el de la “identidad piquetera” y sus posibilidades de constitución de un agente político colectivo. Veremos cómo estas tres dimensiones del actor piquetero pueden ser relacionadas, así como criticadas desde un mirada que distinga entre las lógicas de lo político y la política, superando las limitaciones de los enfoques políticos institucionalistas y los obstáculos de las perspectivas sociológicas.

### **Las transformaciones de la movilización colectiva y la especificidad de la cuestión piquetera**

Consideramos que una reflexión sobre las organizaciones de desocupados debe iniciarse a partir de su vinculación con el marco más general de la protesta social y la acción colectiva, tanto para señalar las semejanzas como las particularidades del fenómeno piquetero en relación a las transformaciones sufridas por la movilización colectiva en la historia argentina reciente. Esto nos permitirá realizar una primera aproximación a la cuestión piquetera desde sus contornos más visibles y generales de su relación con la política.

En general, los estudios sobre la protesta social y la acción colectiva coinciden en destacar las relaciones de la misma con las transformaciones de la estructura social producidas en el país durante los últimos decenios. La reorientación del Estado y las políticas públicas, la precarización y flexibilización del mercado de trabajo, el incremento del desempleo y la pobreza son algunos de los factores usualmente mencionados por su incidencia sobre las condiciones de emergencia de la protesta social (Auyero, 2002abc, 2003, 2004b; Delamata,

2002, 2004; Merklen, 2005; Schuster y Pereyra, 1999; Schuster y Scribano, 2001; Schuster *et al*, 2006; Svampa y Pereyra, 2003; Svampa, 2005). Como ha sido dicho, desde hace décadas “las clases populares argentinas elaboran nuevas formas de acción colectiva en respuesta a las profundas transformaciones que desestructuraron sus mundos de pertenencia” (Merklen, 2005:43). Estos cambios produjeron las condiciones para “las transformaciones en la constitución de sujetos de protesta y en el impacto político de las mismas” (Schuster *et al*, 2006:10). Asimismo, existe coincidencia sobre la creciente diversidad evidenciada en los formatos, demandas, discursos y actores que protagonizan la protesta social y la acción colectiva. Se ha afirmado el carácter heterogéneo y diversificado de la protesta, así como la ampliación de los repertorios de acción (Schuster y Scribano, 2001; Scribano, 2001; Schuster *et al*, 2006). En igual sentido, encontramos afirmaciones sobre cómo “nuevas y poco convencionales formas de beligerancia popular transformaron a la Argentina en un verdadero paisaje de insurgencia colectiva” (Auyero, 2003:44).

Sin embargo, las consecuencias políticas que se derivan de estas transformaciones en la morfología de la movilización colectiva encuentran diferencias significativas entre los analistas. Una línea de trabajo ha relacionado estas mutaciones en la protesta con su impacto en el espacio público y su capacidad para producir determinados efectos estratégicos –satisfacción de una demanda-; institucionales –inducción de crisis políticas, cambios de políticas o de gobiernos- y performativos –modificación de la agenda pública-; siendo el horizonte último de la protesta establecer una disputa por ampliar o instituir la ciudadanía y el conjunto de derechos que la definen (Schuster y Pereyra, 1999; Schuster, 2005; Schuster *et al*, 2006). En este sentido, se ha afirmado que la creciente heterogeneidad de la protesta no implica una merma en su impacto político, sino un incremento en relación a la emergencia de nuevos actores, demandas y discursos; así como el alto nivel de protestas cuestionaría las hipótesis sobre la desmovilización y la apatía política de la sociedad (Scribano, 2001; Schuster *et al*, 2006).

Esta tendencia se produciría en detrimento de los actores clásicos del sistema político, como los sindicatos y los partidos, quienes se verían “desafectados” de las manifestaciones actuales de la movilización social, proceso que revelaría una “descorporativización” de la protesta. La “descorporativización” expresa “un desacople entre beligerancia social y sistema político, el tránsito de una representación en el poder a una representación y constitución de actores y demandas contra el poder” (Schuster *et al*, 2006:65). En igual sentido, se ha señalado que “el fuerte contenido ‘anti-política’ de las protestas (...) enuncia la crisis del lazo representativo entre gobernados y gobernantes constitutivo del sistema político de la postransición democrática en Argentina” (Delamata, 2002:131). Esta nueva forma de manifestación del conflicto social daría cuenta de reclamos al Estado por el ejercicio pleno de la ciudadanía por fuera de las estructuras de los actores corporativos clásicos. En este sentido, se combinarían demandas de contenido normativo y protestas orientadas hacia el espacio público con impugnaciones a las formas de participación y representación y liderazgos políticos inestables y de baja institucionalización (Schuster *et al*, 2006:66).

Esta lectura de la relación de la protesta social y la acción colectiva con el sistema político ha encontrado varias críticas. Por un lado, se ha negado la posibilidad de establecer una separación de la movilización colectiva con respecto a los actores políticos clásicos y las instituciones gubernamentales en términos de “desafección” o “desanclaje” (Schuster *et al*, 2006). Si bien los partidos y sindicatos pierden protagonismo y legitimidad como agentes de la protesta social, ésta no es ajena a ellos. En algunos casos, se ha señalado cómo representantes políticos, partidos y redes clientelares han aportado recursos materiales y simbólicos para la consecución de distintos actos de protesta y han influido en sus resultados y formas (Auyero, 2002abc, 2003, 2004ab). En otros casos, se ha establecido la importancia de los partidos políticos, especialmente del Partido Justicialista, y de las políticas estatales para reorientar y condicionar la acción colectiva de los sectores populares (Manzano, 2003, 2004, 2007; Merklen, 2005; Ribero, 2007; Svampa y Pereyra, 2003; Svampa, 2005, 2008). En el caso particular de las organizaciones piqueteras, la intervención directa de partidos políticos de izquierda y de algunas organizaciones y corrientes sindicales en su formación y consolidación ha sido largamente documentada (Calvo, 2004; Cross, 2004; Delamata, 2004, 2005; Manzano, 2004, 2007; Mazzeo, 2004; Merklen, 2005; Pacheco, 2004; Ribero, 2007; Svampa y Pereyra, 2003; Svampa, 2005, 2008; Zibechi, 2003).

Esta visión ha sido criticada también por su sesgo normativo, dado que presupone al ciudadano y al sistema político representativo como sujeto y escenario centrales de la acción política (Merklen, 2005). De esta manera, el interés en el análisis político de la protesta y la acción colectiva radica principalmente en su relación con los ámbitos institucionales y sus posibilidades de incidencia sobre los mismos. Sin embargo, el análisis de la dimensión política de la movilización colectiva claramente excede los logros reivindicativos –la satisfacción de demandas particulares- o los efectos indirectos –sobre las instituciones o la agenda política-. En este sentido, otras investigaciones han estudiado los vínculos de la protesta con las redes y tramas de relaciones sociales en las que se arraiga territorialmente (Auyero, 2002abc, 2003, 2004b; Calvo, 2004; Delamata, 2004, 2005; Grimson *et al*, 2003; Grimson y Cerruti, 2004; Manzano, 2004, 2007; Mazzeo, 2004; Merklen, 2005; Quirós, 2006; Svampa y Pereyra, 2003; Svampa, 2005, 2008; Zibechi, 2003). Desde este punto de vista, mantener esta conexión entre los períodos de latencia y visibilidad de la acción colectiva resulta fundamental, pues es allí donde los objetivos, formas y situaciones que la motivan son negociados y significados (Melucci, 2002). Si estas dimensiones permanecen excluidas de los estudios sobre la protesta social y la acción colectiva, se pierde gran parte de su sentido y orientación principales. De allí que algunos de sus contornos más importantes no puedan ser comprendidos si no son conectados con los micro-procesos sociales y políticos que le dan forma.

Una tercera crítica ha cuestionado la relación mecánica entre las transformaciones estructurales y los cambios en la protesta social. De esta manera, se ha puesto de relieve cómo los procesos políticos particulares que se desarrollan en los niveles nacional, regional y local refractan el impacto de los cambios socioeconómicos estructurales, delimitando un escenario de conflicto que explica la emergencia de la movilización popular. Con ello se cuestiona la ecuación “desempleo + pobreza = protesta”, dado que “el desempleo, el hambre o la necesidad económica no conducen necesariamente al corte de ruta ni a la

quema de un edificio; constituyen, sí, las bases sobre las cuales se erige la beligerancia popular” (Auyero, 2002a:14). En cada caso particular se combinan redes sociales previas que activan la protesta, con oportunidades políticas que la hacen viable y recursos materiales y simbólicos que la facilitan. En este sentido, se ha declarado la necesidad de no analizar a las nuevas formas de movilización colectiva únicamente en términos “reactivos”, como una respuesta a cambios estructurales, sino también en su “positividad”, en tanto expresión actual de las nuevas condiciones de sociabilidad y politización de la acción colectiva (Merklen, 2005).

Es esta línea de análisis la que lleva a constatar la emergencia de nuevos repertorios de acción colectiva entre los sectores populares, realizando otra lectura política de la movilización colectiva. La conformación de un nuevo repertorio de protesta expresa, según esta perspectiva, cambios políticos y culturales en las formas de manifestación del descontento que modifican la relación de los sectores populares con lo político. Es decir, la emergencia de un nuevo repertorio de protesta daría cuenta de “regularidades en las maneras de actuar colectivamente en defensa o prosecución de intereses compartidos a lo largo del tiempo y del espacio” (Auyero, 2002b:188), como indicadores de una nueva “politicidad” entre las clases subalternas (Merklen, 2005). Entre los nuevos repertorios se encuentran los asentamientos, los saqueos, las puebladas y estallidos, los cortes de ruta y los ataques a edificios públicos. Estas nuevas formas son políticas, no sólo porque permiten manifestar descontento y oposición frente a las autoridades y el Estado (Auyero, 2002abc, 2003, 2004b), sino también porque expresan intentos de participación colectiva frente a las instituciones democráticas (Merklen, 2005). Son también formas culturales, ya que expresan hábitos de protesta y acción colectiva aprendidos por distintos actores a través de la lucha e implican un conjunto de expectativas y sentidos atribuidos a los mismos (Auyero, 2002abc, 2003, 2004b; Merklen, 2005).

A partir de estas diferentes lecturas sobre la dimensión política de la protesta social y la acción colectiva podríamos afirmar que subyace a las mismas diferentes concepciones de lo político que explican en buena medida sus diferencias. Mientras unos observan las transformaciones de la protesta social realizando un abordaje que privilegia su relación con la política como actividad institucionalizada, otros encuentran en los cambios de la movilización colectiva manifestaciones de prácticas y relaciones sociales más profundas que son indicadores de nuevas formas de lo político. Si bien ambas lecturas no son excluyentes, vemos una diferencia de acentos y perspectivas que lleva a sacar diferentes consecuencias y conclusiones políticas de los cambios en la protesta social y la acción colectiva. En un caso, se asocia rápidamente los cambios en la frecuencia, intensidad, formas y contenidos de la movilización colectiva con la llamada crisis de representación, pero no se avanza más allá de una discusión sobre las estructuras institucionales y los liderazgos políticos partidarios. En el otro, las mutaciones morfológicas de la protesta y la acción colectiva son vinculadas con nuevas prácticas sociales y políticas emergentes, pero resta una discusión más amplia de las mismas en sus límites y potencialidades

¿Qué relación podemos establecer a partir de aquí entre la protesta social en Argentina y las acciones contenciosas de las organizaciones piqueteras? En primer término, las protestas piqueteras comparten en general con la protesta social su relación con las transformaciones

socio-económicas producidas en la Argentina. En este sentido, la especificidad de la protesta piquetera reside en su vinculación con la cuestión del trabajo y la generalización del desempleo como fenómeno estructural. En segundo lugar, los piqueteros son protagonistas centrales de los cambios en la morfología de la protesta social, tanto en lo relativo al tipo de demandas y los repertorios de acción sostenidos, como en lo referido a los actores que la encarnan. En tercer lugar, el anclaje de la protesta piquetera en las redes sociales y territoriales es un factor central de su génesis y dinámica posterior, y en buena medida explica su diferencia con otro tipo de protestas. Este anclaje, además, permite superar la idea de una relación mecánica entre los cambios socio-económicos estructurales y la emergencia de episodios de protesta. En cuarto lugar, como ya fuera mencionado, la protesta piquetera mantiene relaciones complejas con el sistema político, los partidos y sindicatos, dificultando una caracterización general en términos de “desacople”, lo cual podría hacerse extensivo a otras formas de protesta social. Por último, los piqueteros, especialmente en algunas de sus corrientes o agrupaciones, han sido señalados como posibles agentes de cambio político y cultural, en tanto expresarían nuevas formas emergentes de lo político.

### **La base territorial de la movilización popular y la emergencia de las organizaciones de desocupados en contextos urbanos**

Un segundo aspecto de la bibliografía que nos interesa destacar es aquél que vincula a las formas de la movilización colectiva de los sectores populares con las redes y tramas de relaciones sociales territoriales, especialmente en el caso piquetero y en los contextos urbanos. Adentrarnos en este tema nos permitirá clarificar a la cuestión del anclaje territorial de la protesta piquetera y relevar las diferentes interpretaciones políticas que se han elaborado sobre el mismo.

Una de las lecturas que han hecho los investigadores sobre las transformaciones socio-económicas de las últimas décadas se sintetiza en el llamado “pasaje de la fábrica al barrio”. Frente a la desestructuración del mundo del trabajo, la generalización de los fenómenos de desempleo, empleo flexible, precario e informal, los sectores populares y sus familias se refugiaron en el ámbito de lo local en tanto sustituto precario de los ingresos salariales. El ámbito local inmediato –el barrio- devino una dimensión central en la construcción de lazos de cooperación, organización y sobrevivencia de las clases populares. Al verse imposibilitadas de garantizar su subsistencia con los ingresos provenientes del trabajo asalariado, las clases populares se apoyaron en las relaciones sociales primarias –de parentesco, vecindad y amistad-. La integración social precaria a través de la ayuda mutua y los intercambios múltiples contruidos desde los barrios populares sería una forma de “inscripción territorial” (Merklen, 2005). Esta forma de inscripción social territorializada, motivada por los cambios socioeconómicos estructurales, se vio profundizada por la reorientación de las políticas públicas. Las políticas de descentralización administrativa y de focalización de la asistencia social contribuyeron a la territorialización del gasto público social, promoviendo la participación de los actores locales en la gestión de los proyectos y programas sociales. Esta reorientación impulsada desde el Estado reforzó la tendencia de los sectores populares a refugiarse en el territorio como medio de subsistencia supletorio del empleo. Las tradiciones asociativas basadas en la ayuda comunitaria se formalizaron y

adaptaron con el fin de captar los recursos públicos disponibles en el ámbito local (Merklen, 2005; Manzano, 2003,2004, 2007; Svampa, 2005). Estas solidaridades locales sirvieron de base para la movilización social de las clases populares, organizándose colectivamente para la ocupación de tierras, la construcción de viviendas, las autogestión de los servicios básicos, la organización de guarderías, comedores y dispensarios comunitarios y la obtención de ayuda social estatal. “Inscripción territorial y acción colectiva se vieron así combinadas, haciendo del barrio un bastión de resistencia para aquellos que progresivamente dejaban de estar cubiertos por las tradicionales formas de inscripción colectiva, tanto estatales como sindicales” (Merklen, 2005:83)<sup>1</sup>.

Desde esta perspectiva, la acción de base territorial de los sectores populares fue la cuna de los principales dirigentes piqueteros: las luchas por la tierra y la instalación de los servicios básicos en los asentamientos y la pugna por la apropiación de los recursos de las políticas sociales, los habrían preparado en mejores condiciones para afrontar el nuevo contexto socioeconómico y el nuevo Estado social que tendrían como interlocutor. El desarrollo de las organizaciones piqueteras se consolida precisamente a partir del momento en que logran participar en la gestión de las nuevas políticas sociales, controlando buena parte de los recursos ofrecidos por el Estado. Las organizaciones piqueteras vendrían a ser la cristalización pública más notoria y trascendente de la nueva “politicidad popular”, el emergente más importante de un proceso que se venía desarrollando desde inicios de la década del ‘80. “El movimiento de los *piqueteros* se explica, por un lado, por una evolución en materia de movilización de los grupos populares, que permite observar cómo el segmento que había perdido su inscripción sindical encuentra refugio en la inscripción territorial (el barrio). Con el movimiento de *piqueteros*, la acción colectiva gana en contenido reivindicativo y sale de su marco local para llevar la voz de los ‘perdedores’ a la arena pública. Es por ello que los discursos de los piqueteros contienen una fuerte demanda de *trabajo* (...) A pesar de todo, la expansión del movimiento no puede ser reducida a una demanda de *trabajo*. No puede olvidarse que aquél toma lo primordial de su fuerza de su capacidad para constituirse en actor de políticas sociales. Es decir, de su capacidad para ofrecer beneficios concretos, en particular a partir de la obtención de planes ‘Trabajar’, ‘Jefes y Jefas de Hogar’, y de otros tipos de ayuda social, como la ayuda alimentaria. De esta manera el movimiento capitaliza la experiencia acumulada por las organizaciones barriales, cuyo mejor ejemplo es el movimiento de *asentamientos*” (Merklen, 2005:92-93).

El cambio mayor, según Merklen (2005), se opera en el terreno de la socialización política de los sectores populares. Estos se habían socializado políticamente en el marco de las

---

<sup>1</sup> Esta tesis ha sido discutida en el supuesto de la desafiliación de los sectores populares como efecto de las transformaciones estructurales, luego parcialmente revertida con la acción colectiva. Quirós (2006) considera que la familia extensa, la vecindad y la escuela son formas de relaciones interpersonales siempre presentes en los barrios populares y que hablan de una sociedad organizada. Desde este punto de vista, no habría un estadio previo de “descolectivización” entre los sectores populares seguido por la “auto-organización” de los mismos, sino una permanente trama de relaciones sociales de geometría variable, que son formas organizativas per se y que no representan en todos los casos una novedad o un salto cualitativo. Asimismo, la autora critica la negación del rol jugado por las redes clientelares como antecedente organizativo de los sectores populares, o la intervención de los punteros políticos en procesos organizativos de origen popular. Esta última opinión también es compartida por Auyero para el caso de la protesta social (ver supra).

instituciones estatales, los sindicatos y los partidos políticos. Con la crisis del modelo de desarrollo Estado-céntrico, el barrio retoma centralidad como ámbito de socialización política popular, produciéndose un cambio en las prácticas colectivas de las clases populares. El autor destaca una serie de claves para entender la nueva “politicidad popular”. La primera se refiere al hecho de que el barrio aporta un buen número de los soportes necesarios para la vida de las familias de los sectores populares. Aquí se organizan las solidaridades locales, se desarrolla la acción colectiva y se construye una cierta identidad territorial. La segunda clave es que esta forma de afiliación social con eje en el territorio no puede sustentarse por sí sola, sin una acción específica sobre el sistema político, fundamentalmente sobre la participación en las políticas sociales. Sin embargo, éstas políticas tampoco garantizan soportes institucionales estables. La escasez de recursos en materia social coloca a las organizaciones barriales en una situación de dependencia con el Estado y los partidos políticos que intervienen como mediadores en la gestión de las políticas sociales. De aquí que las organizaciones barriales salgan a la “caza” de los pocos recursos disponibles. Este modelo de ayuda social, sin embargo, ha mostrado sus límites para garantizar un apoyo electoral constante por parte de sus beneficiarios, así como para fijar un control político estable de los barrios populares. Existen, en tal sentido, fronteras lábiles entre la dependencia y la autonomía relativa de las clases populares respecto del control y la manipulación del Estado y los partidos políticos (Merklen, 2005).

Esta tesis, entonces, enfatiza en la continuidad entre los procesos de territorialización de las estrategias de subsistencia de las clases subalternas, los cambios en los repertorios de la acción colectiva de base popular y la emergencia posterior de organizaciones de desocupados en los ámbitos urbanos. “Esto se tradujo en una transformación de la agenda política de los pobres urbanos. En el Gran Buenos Aires, algunas organizaciones que habían surgido en los ochenta para reclamar tierra y vivienda se transforman en la segunda mitad de los noventa en organizaciones de desocupados que van a reclamar empleo y políticas de empleo al Estado. En otros casos no hay una continuidad tan directa, pero sí una fuerte coincidencia entre barrios con historia de lucha colectiva por la tierra y barrios con organizaciones de desocupados fuertes” (Grimson y Cerruti, 2004:40). Otras investigaciones han abonado la misma tesis, pero relativizándola. Por caso, Svampa y Pereyra (2003) dividen el proceso de conformación del movimiento piquetero en dos “olas de movilización” sucesivas. La primera data de 1996 y 1997 y tiene por escenario a los cortes de ruta de las provincias de Neuquén, Salta y Jujuy. Estos cortes instalarán, por un lado, nuevos actores en la escena nacional: las “multisectoriales”, y, por otro lado, establecerán la convergencia entre cortes y “puebladas”. Se trata de “cortes comunitarios”, ya que son encarados por actores multisectoriales igualmente afectados por el colapso de las economías locales. En cambio, el caso de las acciones de protesta del Conurbano Bonaerense y la periferia de otros grandes centros urbanos, responde a un largo proceso de descolectivización de los trabajadores y sus familias, ligado a la desindustrialización de la economía nacional. Aquí se dieron, durante los ‘80, los primeros embriones organizativos en torno a la apropiación de la tierra y la lucha por la instalación de los servicios básicos. Luego, sobre estas experiencias, se sumarán otras, como las primeras ollas populares y movilizaciones en reclamo de ayuda alimentaria, especialmente en el partido de La Matanza y el sur del Conurbano Bonaerense, organizadas por ex militantes sindicales y

partidarios, y la acción más tardía en los barrios desarrollada por algunas organizaciones sindicales y partidos de izquierda<sup>2</sup>.

De esta forma, en los contextos urbanos, Svampa y Pereyra (2003) distinguen entre grupos con un cierto legado organizacional o experiencia previa que presentan una continuidad en la acción territorial, pero incorporando nuevas demandas como el trabajo, y grupos de formación más reciente que deben organizarse territorialmente a medida que desarrollan nuevas metodologías de acción para conquistar el territorio. Ambos forman parte de un mismo “modelo de acción territorial”, en el que el referente barrial es un par –un desocupado- que vive bajo las mismas condiciones que sus representados. Según estos autores, este modelo de militancia va a relativizarse a medida que se incorporen nuevos agentes, especialmente los partidos políticos de izquierda, que desarrollarán sus propias “ramas piqueteras”, y cuyos referentes asumirán esta identidad particular como fruto de la división del trabajo al interior de los partidos. Así destacan que, con el crecimiento del movimiento piquetero y la ampliación de las demandas, ningún modelo de militancia tiende a existir en estado puro, más allá de su origen “territorial” o “político-partidario”. “Una vez más, el movimiento piquetero no es el producto exclusivo de los piquetes y las puebladas que sacudieron las lejanas provincias argentinas en los últimos años, pero tampoco brotó naturalmente de los asentamientos originados en los 80 en la provincia de Buenos Aires. Es la convergencia de estos dos afluentes lo que va a permitir la formación, la expansión y aún la posterior potenciación del movimiento piquetero. La confluencia entre, por un lado, acción disruptiva e identidad piquetera, originaria de los piquetes y las puebladas del interior del país y, por otro, modelo territorial y marcos organizativos, desarrollados de manera paradigmática en determinadas regiones, sobre todo en La Matanza y el eje sur del Conurbano Bonaerense. Es este doble origen el que explica tanto la riqueza como la diversidad del movimiento piquetero, al tiempo que nos anticipa algo acerca de su fragmentación inevitable” (Svampa y Pereyra, 2003:54).

### **La problemática de la “identidad piquetera”**

---

<sup>2</sup> Massetti (2004) señala las dificultades para establecer una continuidad al interior del fenómeno piquetero entre las primeras acciones de protesta del interior del país y la emergencia y consolidación de organizaciones de desocupados en los contextos urbanos. Esta perspectiva, aún bajo la tesis de las dos “olas de movilización” y la lectura del movimiento piquetero como un “movimiento de movimientos” (Svampa y Pereyra, 2003), no podría encontrar elementos que justifiquen sostener una continuidad bajo la figura de un mismo actor social y político. En primer lugar, referirse a los piqueteros como desocupados escondería una heterogeneidad social derivada de las mutaciones del mercado de trabajo y de los fenómenos de pobreza que dificultan una unificación de la protesta piquetera bajo la figura del desempleo. Más que la desocupación, lo que estaría en la base de la protesta piquetera sería una disputa política en torno a la significación de la pobreza, cuyas alianzas y base social excede a la figura de los desempleados. En segundo lugar, esta argumentación no podría demostrar que se trata de un mismo actor político, dada la diversidad de las trayectorias organizativas y de las experiencias colectivas de grupos sociales ubicados en distintos ámbitos geográficos. En este sentido, sería necesario establecer distinciones entre los distintos momentos, actores y procesos que forman parte de la cuestión piquetera. En los contextos urbanos, particularmente, la especificidad del fenómeno piquetero no sería lo “barrial”, sino la “ruptura del cerco”: la posibilidad de transitar la ciudad rompiendo las fronteras socio-geográficas de la marginación, haciendo de la “inscripción territorial” una “intervención urbana” que politiza las desigualdades que se expresan a través de la distribución social del espacio urbano (Masetti, 2004).

El tema de la identidad ha atravesado a una gran cantidad de estudios sobre la cuestión piquetera. En algunos casos, el interés político sobre la categoría de identidad reside en la posibilidad de generar solidaridades entre los sujetos que compensen parcialmente, o bien reemplacen totalmente, a los marcos sociales y culturales anteriormente sustentados en el empleo, la actividad sindical o los clivajes político partidarios, hoy en crisis –la denominada por Massetti (2004) como “hipótesis del reemplazo”-. En su investigación sobre el movimiento piquetero, Svampa y Pereyra (2003) sostienen que la construcción de un relato sobre la experiencia de los piqueteros, creado y reproducido por las distintas organizaciones de desocupados, constituye la base de la llamada “identidad piquetera”. Se trata de una identidad narrativa que recorre los diferentes episodios centrales del movimiento desde su emergencia en 1996 y que anuda tres elementos principales: el nombre de “piqueteros”, el corte de ruta como herramienta de lucha y una argumentación que toma al modelo económico como motivo y causa desencadenante de la crisis social y la demanda de trabajo. La estabilización de este relato habría permitido establecer una cierta continuidad y homogeneidad entre los distintos momentos y los diversos actores sociales que componen al movimiento de desocupados. Pero, fundamentalmente, la identidad piquetera sería un factor dignificante de la figura del desocupado y de sus luchas: “Quienes se definen a sí mismos como piqueteros han producido un desplazamiento cualitativo muy significativo en relación con quienes se consideran principalmente desocupados (...) ser piquetero tiene una carga estigmatizante mucho menor, en la medida en que éste dio lugar a un espacio de reconocimiento que cristalizó finalmente en el desarrollo de organizaciones (...) Frente a la pasividad –inactividad- del desocupado, el piquetero se define por su condición activa (aún si ésta se refiere a la militancia y no al trabajo)” (Svampa y Pereyra, 2003:171-172).

Asimismo, este relato identitario permitiría, no sólo una identificación positiva de los sujetos, sino también una resignificación de la ayuda social recibida –los planes sociales no son una prebenda otorgada por el Estado, son un derecho obtenido y mantenido por las movilizaciones y reclamos de las organizaciones-, y una redefinición del problema del desempleo –las causas de la falta de trabajo no son individuales, son el producto de políticas económicas regresivas sostenidas por los diferentes gobiernos-. En consecuencia, la productividad política de la identidad piquetera permitiría, por un lado, otorgar “agencia”: transformando al desocupado –sujeto pasivo- en piquetero –sujeto activo-, y, por otro lado, fundamentar políticamente el accionar de los piqueteros ante la situación de crisis social y desempleo masivo, responsabilizando a los sucesivos gobiernos y sus políticas económicas. Esto no habría sido posible sin una ruptura con la redes clientelares de los partidos políticos, especialmente del Partido Justicialista. En este sentido, “la ruptura del vínculo clientelar (...) niega al ‘desocupado-cliente’ como tal, lo niega como objeto y lo convierte en sujeto libre, autónomo y activo, lo aleja del mundo de significados construido por el puntero, de la categoría humillante de desocupado y lo transforma en piquetero (categoría que junto con una pertenencia le restituye el orgullo) y miembro de una organización que –a diferencia del puntero- no asume como ‘natural’ la correlación de fuerzas existente. Por otro lado, favorece la desfeticización del intercambio y pone en evidencia el carácter asimétrico, denigrante y utilitario del vínculo” (Mazzeo, 2004:31-32).

De esta manera, se ha llegado a plantear que la identidad piquetera se conforma por su alteridad con la figura del “puntero político”. La identidad piquetera emergería de la deconstrucción de prácticas y relaciones sociales de dominio como el clientelismo, el paternalismo y la representación. Fundamentalmente, las identificaciones opuestas en torno a las figuras del piquetero y el desocupado-cliente serían producto de los vínculos sociales divergentes que se instituyen desde las redes clientelares y las organizaciones piqueteras. “En cotidianidades socialmente tensas que se manifiestan a nivel local, los movimientos de trabajadores desocupados (...) construyen universos simbólicos basados en antagonismos (nosotros-ellos) que otorgan coherencia a su práctica y una identidad. Ellos son los punteros. Nosotros los piqueteros. Esta es la línea divisoria que polariza la existencia cotidiana, de un lado el puntero que viene perdiendo su relevancia como organizador de la experiencia de las clases populares a través de la despolitización del espacio de la reproducción social, del otro el piquetero que comienza a organizar esa experiencia con medios participativos (cuerpos de delegados, asambleas, cabildos, etc.) y otros parámetros y objetivos, politizando el espacio de reproducción social de las clases más postergadas; de un lado la lógica del favor, del otro la lógica de los derechos” (Mazzeo, 2004:76). Tendríamos así una disputa emplazada territorialmente entre redes sociales y marcos organizativos contradictorios, que promueven identificaciones antagónicas: unas que reproducen las asimetrías sociales y favorecen el sometimiento, y otras que sostienen prácticas participativas y generan mayores niveles de autonomía.

Pero esta disputa entre redes clientelares y organizaciones piqueteras sería el emergente de una transformación más profunda en la sociabilidad de los sectores populares. Como mencionáramos anteriormente, “el territorio” –específicamente el barrio-, surgiría como ámbito sustitutivo de “la fábrica”, no sólo en lo relativo a las condiciones de reproducción social de los sectores populares, sino en tanto marco de referencia en la constitución de identidades sociales. Como señalan Delfini y Picchetti (2004): “cuando la desocupación golpea a los sectores más empobrecidos, se produce un pasaje de la fábrica al barrio, el cual supone que la dimensión relacional de las identidades colectivas, que antes privilegiaba el ámbito laboral, en sentido estricto, como espacio de interacciones significativas para la constitución de aquellas, pasa a privilegiar para su desarrollo el ámbito territorial” (Delfini y Picchetti, 2004:279). Este pasaje de la fábrica al barrio no sería automático, sino que supone, en el caso de las organizaciones piqueteras, su articulación con la problemática del desempleo y el imaginario en torno al trabajo como derecho (Delfini y Picchetti, 2004; Retamozo, 2005, 2006 y 2007). La trama de relaciones sociales que se desarrollan en los barrios populares serían el sustento de procesos identificatorios en los que se crea un sentido de pertenencia, y se construyen representaciones de tipo colectivo. Estas interacciones sociales territorialmente situadas y los procesos de significación colectiva que movilizan, constituirían la base del accionar conjunto de las organizaciones piqueteras. A través de la activación de las redes sociales locales se crean identidades colectivas que establecen lazos de alteridad con distintas figuras y agentes: el gobierno, los políticos, los punteros, la policía, etc.

En este contexto, la resignificación del desempleo resultó fundamental. Como afirma Retamozo (2005, 2006 y 2007), la hegemonía neoliberal supuso la instalación de configuraciones subjetivas que reforzaron la dominación social y contribuyeron a la

consolidación del modelo económico-social. Fundamentalmente, ello consistió en la creación de un marco de sentido que instauró la idea de la responsabilidad individual ante el fenómeno del desempleo, lo que permitió que las personas se auto-culparan por su situación. Sólo a partir de la masificación de la experiencia del desempleo y la activación de redes y organizaciones territoriales que movilizaron otros sentidos en torno al trabajo y la falta de empleo pudo construirse una respuesta colectiva. Esto implicó la elaboración de una demanda en torno al “trabajo” y la emergencia de un antagonismo. “La construcción de la demanda conlleva la definición de un antagonismo donde una de las partes se asume como víctima en tanto despojado de derechos considerados legítimos. Este proceso es el que construye el antagonismo e instaura un espacio de lucha. La capacidad de significar la desocupación de manera tal de sentirla ignominiosa se vincula con los sentidos subalternos históricamente construidos. Así, la elaboración de la demanda de los desocupados en Argentina es incomprensible sin atender a la historia de los sectores populares y el imaginario nacional-popular (...) Esta demanda es la que deviene en protesta (...) pero no como un acto mecánico, sino a partir de una construcción social, histórica y colectiva” (Retamozo, 2007:81). La movilización de sentidos subalternizados en torno al trabajo como derecho y como fuente de dignidad, y la construcción de un alteridad frente al Estado como causante del deterioro social sufrido, pero también como responsable de dar una respuesta, contribuyeron a la conformación de espacios colectivos de subjetivación que, en un sector de los trabajadores desocupados, posibilitaron el accionar colectivo (Retamozo, 2005, 2006 y 2007).

Pero la conformación de una subjetividad colectiva no sería posible sin pensar su relación con el piquete como forma de lucha. Como señala Schuster (2005), los piqueteros construyen su identidad también en relación a su propio accionar colectivo. En este caso, la acción de protesta –el “piquete”– da el nombre a los sujetos que la realizan –los “piqueteros”–, trascendiendo su condición social preexistente –desocupados–. En otras palabras: “Se transformaron en su acción; su capacidad de hacer trascendió a su condición previa, definida por la negatividad en relación con el empleo (desempleados o desocupados). Fueron lo que hicieron, porque en función de lo que fueron capaces de hacer, pudieron ser. Su identidad social (desempleados) se transformó por fuerza de su identidad política (piqueteros) (...) La acción demuestra a los propios miembros de la protesta que son algo más que su posición estructural. Y eso marca un duro impacto en sus identidades” (Schuster, 2005:52). De esta manera, los desocupados habrían logrado también mediante el corte de rutas una identificación positiva que los transforma en sujetos políticos. Esta nueva identidad política permitiría sustituir el debilitamiento o ruptura de los lazos sociales de referencia en torno al trabajo o la actividad sindical (Schuster y Pereyra, 2001).

Sin embargo, desde distintas posturas, también se ha señalado la fragilidad y contingencia de la “identidad piquetera”. En su análisis de una marcha piquetera, Massetti (2004) destaca los efectos disciplinantes, normativos y rituales de la movilización. Como “máquina”, la marcha sería un “aparato” que dispone los cuerpos en una “formación” y sigue un determinado “desplazamiento”, que tiene un componente “funcional” –la morfología de la marcha– y otro “simbólico” –el sentido que pretende transmitir–. Tanto el componente funcional como el simbólico de la marcha son elaborados por los líderes de la organización, que busca así “formar” y “educar” políticamente a las personas que son

movilizadas. Estos elementos, señala Massetti, le dan a la marcha un carácter “ritual”, dado que constituye un “rito de pasaje” para los miembros de la organización: la participación en la marcha implica la entrada de los sujetos sociales a la organización, generando un sentido de pertenencia hacia la misma. Este “rito de pasaje” que sería la marcha, dentro de una cadena de acciones más amplia, procura generar un proceso de identificación de los sujetos con “la lucha”, en tanto principio identitario central. Sin embargo, como advierte el mismo autor, la “lectura” que hagan los sujetos partícipes de estas situaciones no está garantizada de antemano, puesto que depende de las múltiples “captaciones vivenciales” que realizan los individuos movilizados. Como señala Ribero: “Aquí pueden aparecer, en muchos casos, lo que puede entenderse como ‘barreras subjetivas’ de los propios receptores que, por ejemplo, también poseen concepciones y visiones propias de la política, del trabajo, etc., construidas en base a sus experiencias y trayectorias de vida” (Ribero, 2007:141). De allí el carácter “incompleto” y “volátil” de los procesos identitarios que encarnan estas situaciones colectivas y su frágil eficacia simbólica (Massetti, 2004).

Desde otras posturas, se ha llegado a cuestionar inclusive la idea misma de un relato identitario propiamente piquetero y su productividad política. En su investigación sobre las bases sociales de una organización piquetera, Quirós (2006) muestra cómo las distinciones entre las organizaciones piqueteras presentes en un barrio de Florencio Varela no formaban parte de los vocablos utilizados cotidianamente por las personas. Éstas se referían en forma genérica a “los piqueteros” y rara vez se identificaban como tales. Los piqueteros aparecían en los relatos como “otros” y el vínculo que entablaban con ellos como un “estar con”. “El rótulo *piqueteros* puede ser una clasificación que esencializa algo que el propio sujeto vive de modo relacional y contextual: para muchos, los *piqueteros* son otros, con los que uno *está*. Esto nos advierte sobre las dificultades de pensar al fenómeno piquetero a partir de prismas sustantivos como el de la identidad (...)” (Quirós, 2006:88). Si bien la autora no niega la existencia de individuos que se definen como “piqueteros”, esta identificación parecería ser especialmente fuerte sólo en el caso de los líderes y militantes de las organizaciones. Además de dudar sobre la existencia de tal identidad, Quirós muestra cómo el vocablo “piquetero” es asociado por algunas personas con calificativos estigmatizantes, lo cual cuestionaría el carácter dignificante del “ser piquetero”. En algunos de los relatos relevados por la autora, estar con los piqueteros aparece como una alternativa equivalente frente a los punteros políticos del municipio, mientras que en otros casos se dan combinaciones y pasajes entre estos espacios y vínculos, donde relacionarse con un puntero o una organización piquetera no son vividos como contradictorios. Incluso, el sentido dado a ese “estar con” los piqueteros evidenciaba la misma heterogeneidad: para algunos era visto como un “trabajo”, para otros como una posibilidad de “progreso”, mientras que en otros casos era vivido como sinónimo de “hacer quilombo”, o como algo que se hace circunstancialmente hasta conseguir un “trabajo digno”. Estas situaciones le permiten dudar sobre la existencia de un sentido y una direccionalidad política unívoca entre las bases piqueteras. “Más que una unidad o trayectoria, las personas parecen ser una multiplicidad de relaciones, siempre parciales, que permiten a alguien decir, sin contradicción, soy peronista y estoy con los piqueteros; o que permiten, también sin contradicción, ir a un piquete y votar al PJ” (Quirós, 2006:125).

## **Conclusiones**

De lo expuesto hasta aquí, podemos elaborar algunas proposiciones sintéticas:

1. En el análisis de la protesta y la acción colectiva coexisten dos enfoques sobre sus vinculaciones con la política: a) en relación a su impacto sobre la política como actividad institucionalizada; y b) en relación a las prácticas y representaciones políticas emergentes “desde abajo”. Para este segundo enfoque, las mutaciones en la movilización colectiva popular nos hablan de tendencias que incuban nuevas modalidades de participación política de base.
2. Entre quienes analizan la movilización colectiva de los sectores populares desde la perspectiva de las prácticas políticas emergentes, encontramos una tesis central: la territorialización de las modalidades de inscripción social de las clases subalternas se vincula íntimamente con el surgimiento y las modalidades asumidas por sus prácticas políticas de base, condicionándolas. Sin embargo, no sería posible extender esta tesis sobre la acción colectiva popular al conjunto de las organizaciones piqueteras, especialmente a las del interior del país, pero sí sería válida para la mayoría de las organizaciones surgidas en contextos urbanos. De esta manera, la territorialización sería un proceso que articula tanto dimensiones relativas a la reproducción social, la movilización y acción colectiva, como la participación política de los sectores populares urbanos, incluidas gran parte de las organizaciones piqueteras.
3. Un factor central de estas prácticas políticas de base sería la cuestión de la creación de una nueva identidad política que reúna a las individualidades en un sujeto político colectivo. En este sentido, las organizaciones de desocupados se caracterizan por sus intentos de articular, dentro de un mismo sistema de acción colectiva, tanto a las manifestaciones contenciosas como a las estrategias territoriales de sobrevivencia, de manera tal de lograr un proceso de identificación político entre sus participantes. Esto implicaría analizar: la construcción de relatos identitarios; la capacidad subjetivante de las acciones contenciosas; la construcción de alteridades; y los obstáculos subjetivos que se presentan para lograr esta operación.

Sin embargo, como fuera señalado anteriormente, el análisis de la dimensión política de las protestas sociales ha sido reducido, en muchos casos, a las categorías de espacio público, ciudadanía y derechos, fuertemente marcado por un horizonte de comprensión que no excede la matriz representativa-liberal<sup>3</sup>. Uno de los supuestos fuertes de este marco analítico, otorga preeminencia en el impacto político de la movilización social a las formas de expresión de los reclamos en el espacio público, por sobre el peso relativo de las organizaciones en el sistema político o las articulaciones políticas de los actores (Schuster *et al*, 2006). Esta elección estaría fundamentada en el creciente peso de las protestas sociales por sobre las trayectorias de las organizaciones en la configuración del espacio político nacional de los últimos años (Schuster *et al*, 2006). Este argumento se vería

---

<sup>3</sup> Especialmente en los casos de Schuster y Pereyra (2001) y Schuster (2005, 2006).

reforzado por un cuestionamiento a la pertinencia del concepto de movimiento social para comprender la dinámica de movilización social en las sociedades modernas y su impacto político (Schuster y Pereyra, 2001; Schuster, 2005). El énfasis puesto en la continuidad de formas de acción y de identidades que conllevaría el uso del concepto de movimiento social, impediría dar cuenta de las nuevas formas de configuración de la acción colectiva contemporánea, mucho más esporádicas y contingentes (Schuster y Pereyra, 2001; Schuster, 2005). Sin entrar en la discusión de estas premisas, consideramos que el enfoque de la protesta social no agota la comprensión de la dinámica del campo político en su relación con la movilización colectiva y los actores que la protagonizan, ni siquiera en un supuesto escenario extremo de “balcanización” social e identitaria. El fuerte de este enfoque radica precisamente en la capacidad que posee para revelar cómo mutan, permanecen o se diversifican ciertos actores, demandas y formas de acción colectiva en el escenario público, pero presenta algunas limitaciones para elaborar explicaciones plausibles sobre los cambios, continuidades y tendencias políticas emergentes de los procesos de movilización social y organización colectiva. Ello se vincula íntimamente con las dimensiones de análisis que este enfoque no logra integrar adecuadamente. Consideramos que este tipo de acercamiento tiene la limitación de reducir la dimensión política de la acción colectiva y la protesta social a sus resultados más evidentes. De esta manera, los rasgos políticos de la protesta social son reducidos a los efectos institucionales y de agenda pública.

El análisis de los procesos micro-sociales constituyentes de la acción colectiva, en cambio, se encuentra vinculado a otra preocupación: cuales son las prácticas y alternativas políticas que estos procesos contribuyen a crear y/o reproducir. Sobre este aspecto, los ciclos de la protesta social no alcanzan para explicar el vínculo entre las movilizaciones sociales y su capacidad de articulación política. Esto es así, ya que el enfoque presupone al ciudadano como sujeto privilegiado de la acción política y al espacio público como escenario central de constitución de las identidades políticas. Pero en el caso de movimientos sociales populares, el espacio público puede ser el escenario de manifestación de los discursos y sentidos elaborados en otras dimensiones de la vida social, mientras que la protesta puede ser una manera de visibilizar procesos sociales de descontento sumergidos en la cotidianeidad de los territorios. Estas dimensiones permanecen generalmente excluidas del enfoque de la protesta social, perdiéndose gran parte de su sentido y orientación principales. De allí que algunos de sus contornos más importantes no puedan ser comprendidos si no son conectados con los procesos sociales que le dan forma. Como mencionáramos, esto es especialmente significativo en el caso de movimientos y organizaciones sociales de origen popular, cuya participación política excede los canales institucionales.

Por su parte, los enfoques orientados sobre las tramas relacionales de los movimientos, estudian las relaciones sociales, políticas, territoriales e identitarias que configuran diferentes dimensiones y aspectos vinculados a los mismos, como la cotidianeidad en la vida de personas y grupos, los contextos territoriales o los escenarios de confrontación social y política. Este enfoque, prioriza los procesos sociales, políticos y culturales que conforman un entramado de vínculos entre personas, colectivos, espacios e instituciones. De esta manera, se diferencia de los “constreñimientos normativos” que limitan buena parte

de los estudios sobre la cuestión piquetera (Manzano, 2007:108). Estos estudios, recurren a una distinción normativa entre los movimientos sociales, a los cuales se les atribuyen signos positivos: la encarnación de demandas de inclusión social y política, de nuevas identidades sociales, y la presencia de liderazgos democráticos con participación de base; frente a los actores e instituciones políticas tradicionales, como el Estado, los partidos políticos y los sindicatos, generalmente caracterizados como actores e instituciones sociales conservadoras, cerradas a la participación popular, con escasa capacidad de incorporación de nuevas demandas y legitimadoras de políticas socialmente excluyentes (Manzano, 2007:107). Esta mirada binaria tendría amplias consecuencias sobre el análisis de los movimientos sociales. En el caso de los piqueteros, se habría dado por sentado que los mismos se caracterizan por sus rasgos “horizontales” y “autónomos”, los cuales los colocarían a distancia y en confrontación con las instituciones políticas tradicionales, a las cuales vienen a renovar, reformar o sustituir. Esta visión, tributaria de la “distinción normativa” señalada, no sería capaz de dar cuenta de los múltiples cruces, relaciones recíprocas y lazos de dependencia, negociación y disputa creados entre las organizaciones piqueteras, el Estado, los partidos políticos y los sindicatos (Manzano, 2007:108).

Esta visión normativa tendría otras consecuencias en el análisis de los movimientos sociales: el establecimiento de “una jerarquización entre lo intelectual y lo material” (Quirós, 2006:29). Esta jerarquía implícita entre ambas dimensiones habría derivado, en los diferentes análisis de la cuestión piquetera, en una diferenciación artificial entre las demandas reivindicativas, vinculadas al acceso a recursos y medios de subsistencia, y las demandas propiamente políticas, de carácter propositivo y con efectos universalizables. Esta jerarquización motivaría tanto la condena moral y la denuncia de los críticos a las movilizaciones piqueteras por planes sociales y alimentos, como las advertencias y los desencantos de los analistas y académicos afines a las organizaciones de desocupados sobre los peligros de la cooptación e institucionalización de los movimientos (Quirós, 2006). En realidad, esta diferenciación respondería al desacople producido por las ciencias sociales en Argentina entre la “cuestión política” y la “cuestión social” (Merklen, 2005:23). La hegemonía de la temática de la transición y la consolidación de la democracia en el país habrían orientado a la mayoría de los análisis hacia las problemáticas de la institucionalización de las reglas democráticas en desmedro de las transformaciones sociales estructurales de larga data. En esta perspectiva, la política adquiere un sentido preciso: “la política no se hace en la calle sino en el interior de las instituciones y los partidos (...) se autonomiza de la sociedad para conducirla a través de una lucha argumentativa: ideas expresadas en la plaza pública” (Merklen, 2005: 33). Visión que habría obturado la posibilidad de relacionar los profundos cambios sociales que se venían produciendo con las mutaciones en la “politicidad” de las clases populares (Merklen, 2005: 24). El modelo normativo construido en torno a las figuras de la ciudadanía, el sistema político y el espacio público, impedirían a estos enfoques dar cuenta de los repertorios de movilización y organización popular que exceden los marcos institucionales. De allí que, buena parte de la literatura académica recibiera a las manifestaciones y movilizaciones populares negativamente, como síntomas de anomia social o como instancias pre-políticas o anti-políticas (Merklen, 2005).

Los estudios centrados en las tramas relacionales tienen el mérito de echar luz sobre los procesos y contextos socioculturales, políticos y territoriales que se conjugan en las modalidades emergentes de organización popular, sus múltiples variantes, sus trayectorias diversas y su profunda complejidad. Al proponer una mirada amplia, que excede tanto los contornos de las propias organizaciones de desocupados como los marcos normativos de ciertas aproximaciones, permite relacionar los aspectos más visibles de la movilización popular y la protesta callejera con sus dimensiones cotidianas, las trayectorias de los colectivos, los espacios de sociabilidad local, sus antecedentes sociales y políticos, los escenarios de conflicto en los que se insertan. Sin embargo, en estas perspectivas, la especificidad de lo político aparece diluida en lo social. El énfasis puesto en la condición política de prácticas sociales no relacionadas directa ni evidentemente con los espacios institucionalizados de la política, opera en muchos casos como un factor que impide realizar una problematización específica de la dimensión política de las organizaciones piqueteras. El rescate de la “politicidad” propia de acciones aparentemente heterogéneas, como las movilizaciones, las protestas, la organización de prácticas de subsistencia o la gestión de planes sociales, se hace al costo de obturar la posibilidad de una reflexión sobre las mediaciones y las articulaciones políticas que las organizaciones piqueteras son capaces de proyectar. En este sentido, pensamos que es necesario sostener la tensión entre lo político y lo social como marco analítico, y la especificidad de lo político como articulación contingente de elementos sociales heterogéneos (Laclau y Mouffe, 2004; Laclau, 1993). Esto nos remite a un aspecto normativo que, si bien no debe operar como un obstáculo gnoseológico en la aproximación a las modalidades emergentes de organización y movilización popular, tampoco es posible soslayarlo si se pretende realizar una crítica de estas prácticas, tanto en sus rasgos novedosos como en sus lógicas reproductivas. Desde nuestra postura, los “constreñimientos normativos” de algunas reflexiones sobre los movimientos piqueteros, no obedecen tanto a la presencia misma de un elemento normativo o valorativo en la reflexión, que por otra parte no nos imaginamos cómo podría ser suprimido, sino a la identificación de la política *tout court* con el modelo representativo-liberal.

Como bien señala Ardití (1995), la superación de estos límites supone diferenciar a la *política*, como el conjunto de las formas sedimentadas de actividades, prácticas y procedimientos que, en un contexto histórico social particular, constituyen el entramado institucional del régimen político; de lo *político*, como lógica que excede a lo instituido y puede extenderse más allá de los límites del sistema político, revirtiendo en la politización de lo social. En la tensión entre la política y lo político se juegan precisamente los límites de lo público y lo privado, de lo social y lo político. En términos generales, las prácticas colectivas de los piqueteros se relacionan tanto con lo político como con la política. Con lo político, ya que sus prácticas se dan en contextos no institucionalizados y sobre instancias naturalizadas o no problematizadas de lo social; y con la política, porque las mismas se relacionan con actores e instituciones del sistema político, tanto mediante el conflicto, como a través de la negociación y la represión. Una perspectiva que mire solamente la política institucionalizada, obtura la posibilidad de comprender los sentidos y las acciones que se gestan en ámbitos típicamente definidos como sociales. Una perspectiva que anide únicamente en lo político, pierde las conexiones de la movilización y participación

colectiva con los canales sistémicos de mediación del conflicto, horizonte que la mayoría de las organizaciones piqueteras no excluye.

En este contexto, Barbeta y Lapegna resaltan un aspecto de las protestas piqueteras que resume esta relación: “El proceso de identificación en el plano de lo local es la condición de posibilidad, el ‘piso’, que permite poner en juego una acción colectiva de protesta. Pero también se vislumbra como su límite, su ‘techo’, cuando la solución de fondo para los problemas locales tienen que ver con cuestiones que superan ese ámbito, pues las causas de esos problemas tuvieron su origen en decisiones políticas implementadas desde el gobierno nacional” (Barbeta y Lapegna, 2001:255). Esta situación caracteriza, en general, a la movilización colectiva en Argentina, y particularmente a las organizaciones de desocupados: ante la ausencia o imposibilidad de alcanzar articulaciones políticas mayores, la presión permanente sobre el sistema político deviene una necesidad y también una fuente de dependencias diversas. De esta manera, la base territorial de la movilización y acción piquetera constituye, al mismo tiempo, su fuerza y su debilidad política.

## **Bibliografía**

- ARDITI, B. (1995): “Rastreado lo político”, en *Revista de Estudios Políticos*, Núm. 87, Enero-Marzo.
- AUYERO, J. (2002a): *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Libros del Rojas, Buenos Aires.
- AUYERO, J. (2002b): “Los cambios en el repertorio de la protesta social en la Argentina”, en *Revista Desarrollo Económico*, Vol. 42, Núm. 166.
- AUYERO, J. (2002c): “Fuego y barricadas. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática”, en *Revista Nueva Sociedad*, Núm. 179.
- AUYERO, J. (2003): “Repertorios insurgentes en Argentina contemporánea”, en *Revista Iconos*, Núm. 15.
- AUYERO, J. (2004a): *Vidas beligerantes. Dos mujeres argentinas, dos protestas*, UNQUI, Buenos Aires.
- AUYERO, J. (2004b): “¿Por qué grita esta gente? Los medios y los significados de la protesta popular en la Argentina de hoy”, en *Revista América Latina Hoy*, Núm. 36, Universidad de Salamanca, Salamanca.
- CALVO, D. N. (2004): *Estudio sociológico sobre auto-organización política en los sectores de menores recursos en proceso de exclusión social (1998-2002). El caso de la Federación de Trabajadores por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat*, Tesis de Maestría, Maestría en Investigación en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales (UBA).
- CROSS, C. (2004): “La Federación de Tierra y Vivienda de la CTA: El sindicalismo que busca representar a los desocupados”, en Battistini, O. (Comp.): *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Prometeo, Buenos Aires.
- DELAMATA, G. (2002): “De los estallidos provinciales a la generalización de las protestas en Argentina”, en *Revista Nueva Sociedad*, Núm. 182, Caracas.
- DELAMATA, G. (2004): *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*, Eudeba, Libros del Rojas, Buenos Aires.
- DELAMATA, G. (2005): “Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires y

- la(s) crisis”, en Schuster, F. *et al* (Comps.): *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Prometeo, Buenos Aires.
- DELFINI, M. y PICHETTI, V. (2004): “De la fábrica al barrio y del barrio a las calles. Desempleo y construcción de identidades en los sectores populares desocupados del conurbano bonaerense”, en Battistini, O. (Comp.): *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Prometeo, Buenos Aires.
- GRIMSON, A. *et. al.* (2003): *La Vida Organizacional en Zonas Populares de Buenos Aires. Informe Etnográfico*, Center for the Study of Urbanization and Internal Migration in Developing Countries, Population Research Center, The University of Texas at Austin, Working Paper Series.
- GRIMSON, A. y CERRUTI, M. (2004): *Buenos Aires, neoliberalismo y después. Cambios socioeconómicos y respuestas populares*, Cuadernos del IDES, Bs. As.
- LACLAU, E. y MOUFFE, CH (2004): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, FCE, Buenos Aires.
- LACLAU, E. (1993): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- MANZANO, V. (2003): “Piqueteros y beneficiarios: modalidades de acción sociopolítica y proceso de construcción identitaria”, ponencia presentada en el VI Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Bs. As.
- MANZANO, V. (2004): “Tradiciones asociativas, políticas estatales y modalidades de acción colectiva: análisis de una organización piquetera”, *Intersecciones en Antropología*, Núm. 5, pp. 153-166.
- MANZANO, V. (2007): “Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación. Antropología de campos de fuerza sociales”, en Cravino, M. C. (Ed.): *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires*, UNGS, Los Polvorines, Prov. de Bs. As.
- MASSETTI, A. (2004): *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*, FLACSO, Editorial de las Ciencias, Buenos Aires.
- MAZZEO, M. (2004): *Piqueteros. Notas para una tipología*, Manuel Suárez Editor, FISyP, Bs. As.
- MELUCCI, A. (2002): *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, El Colegio de México, México D.F.
- MERKLEN, D. (2005): *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática [Argentina, 1983-2003]*, Gorla, Bs. As.
- PACHECO, M. (2004): *Del piquete al movimiento. Parte 1: De los orígenes al 20 de diciembre de 2001*, Cuadernos de la FISYP, Buenos Aires.
- QUIRÓS, J. (2006): *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*, Antropofagia, Buenos Aires.
- RETAMOZO, M. (2005): “Trabajo, subjetividad y acción: Desempleo, sentidos y acción colectiva”, VII Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET.
- RETAMOZO, M. (2006): “Los ‘piqueteros’: trabajo, subjetividad y acción colectiva en el movimiento de desocupados en Argentina”, en *Revista América Latina Hoy*, Núm. 42, Universidad de Salamanca, Salamanca.
- RETAMOZO, M. (2007): “Los sentidos del (sin) trabajo. Subjetividad y demanda en el movimiento de trabajadores desocupados en Argentina”, en *Sociohistórica. Cuadernos del*

- CISH, Núm. 21/22, Primer y segundo semestre, Centro de Investigaciones Socio Históricas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), La Plata.
- RIBERO, M. (2007): “Ideología y acción colectiva del Movimiento Piquetero y su relación con las políticas sociales asistenciales. Un análisis de caso en el Noroeste del Conurbano”, en Cravino, M. C. (Ed.): *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires*, UNGS, Los Polvorines, Prov. de Bs. As.
- SCHUSTER, F. y SCRIBANO, A. (2001): “Protesta social en la Argentina de 2001: entre la normalidad y la ruptura”, en *Revista de la OSAL*, Núm. 5, OSAL-CLACSO.
- SCHUSTER, F. y PEREYRA, S. (2001): “La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política”, en Giarraca, N.: *La Protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Alianza, Madrid.
- SCHUSTER (2005): “Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva”, en Schuster, F. et al (Comps.): *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Prometeo, Buenos Aires.
- SCHUSTER, F. et al (2006): *Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003*, Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA), Documento de Trabajo Núm. 48.
- SCRIBANO, A. (1999): “Argentina ‘cortada’: cortes de ruta y visibilidad social en el contexto de ajuste”, en Lopez Maya, M. (Ed.): *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años del ajuste*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas.
- SVAMPA, M. y PEREYRA, S. (2003): *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Biblos, Bs. As.
- SVAMPA, M. (2005): “Tercera Parte. La acción colectiva: de la crisis a las nuevas formas de resistencia al modelo neoliberal”, en *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Taurus, Bs. As.
- SVAMPA, M. (2008): *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- ZIBECCHI, R. (2003): *Genealogía de la revuelta. Argentina: La sociedad en movimiento*, Letra Libre, La Plata.